

LA MUERTE EN SAN PABLO

1. ¿Cuál es la causa de la muerte?

El pecado original es la causa de la muerte. «Por un hombre entró el pecado en el mundo y, por el pecado, la muerte» (Rm 5, 12). En otras palabras, la muerte aparece como consecuencia del pecado. «El salario del pecado es la muerte...» (Rm 6, 23).

2. ¿A quién afecta la muerte?

La muerte afecta a todos los hombres ya que todos nacen con el pecado original. «... la muerte alcanzó a todos los hombres, puesto que todos pecaron» (Rm 5, 12).

3. ¿Hay alguien que ha vencido a la muerte?

El único que ha vencido el poder de la muerte es Jesucristo. El Señor verdaderamente murió por nuestros pecados en la cruz pero al tercer día salió victorioso del sepulcro. «En primer lugar os transmití lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, según las Escrituras» (1 Co 15, 3-4). Al resucitar, Cristo derrota el imperio de la muerte. «Porque Cristo murió y volvió a la vida precisamente para ser Señor de muertos y vivos» (Rm 14, 9).

4. ¿Quién participa del triunfo de Cristo sobre la muerte?

Los cristianos participan del triunfo del Señor sobre la muerte. Si por el pecado de Adán, la humanidad quedó afectada por la muerte, por Cristo ha venido la victoria sobre la muerte. «Porque, así como por un hombre vino la muerte, también por un hombre viene la resurrección de los muertos. Pues del mismo modo que por Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo» (1 Co 15, 21-22).

5. ¿Cuándo se empieza a participar de la victoria de Cristo sobre la muerte?

Se empieza a participar de la victoria de Cristo sobre la muerte en el bautismo. Desde ese momento, se inicia la «vida nueva» en el hombre, pues muere al pecado y recibe el anticipo de la resurrección futura. «Nosotros ya hemos muerto al pecado; ¿cómo vamos a seguir viviendo en él? ¿O es que ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos incorporados a su muerte? Por medio del bautismo fuimos, pues, sepultados con él en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo resucitó de entre los muertos mediante la portentosa actuación del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva» (Rm 6, 2-4). El sacramento del bautismo hace posible que el hombre participe de la muerte y de la resurrección del Señor. «Al ser sepultado con él (Cristo) en el bautismo, con él también habéis resucitado por la fe en la fuerza de Dios, que lo resucitó de entre los muertos» (Col 2, 12-13).

6. ¿Cómo debe «vivir» un cristiano su muerte?

Debe de vivir su muerte en comunión con el Señor. Es decir que debemos morir en Cristo-Jesús. «Es cierta esta afirmación: si hemos muerto con Él (Cristo), también viviremos con Él» (2 Tm 2, 11).

7. ¿Qué imágenes usa san Pablo para hablar de la muerte?

Usa las imágenes de la tienda, el edificio y el vestido. La «tienda» expresa la vida terrena que se acaba; en cambio, el «edificio» es imagen de la vida eterna «Sabemos que si esta tienda, que es nuestra morada terrestre, se desmorona, tenemos un edificio que es de Dios: una morada eterna en el cielo, no hecha por mano humana» (2 Co 5, 1). También habla del «vestido» como imagen de la corporeidad del hombre y de la «desnudez» para hablar de la muerte. «Y así suspiramos en nuestro estado actual, deseando ardientemente ser cubiertos por nuestra habitación celeste, si es que nos encontramos vestidos y no desnudos. Los que estamos en esta tienda suspiramos abrumados. No es que queramos ser desvestidos, sino más bien sobrevestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida». (2 Co 5, 2-4).

8. ¿Existe relación entre esta vida —la «vida terrena»— y la vida después de la muerte?

Sí, porque Dios infinitamente justo y misericordioso nos retribuirá tras la muerte según nuestras obras terrenas. «Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada cual reciba conforme a lo que hizo durante su vida mortal: el bien o el mal» (2 Co 5, 10).

9. ¿Existen realidades eternas tras la muerte del hombre?

Sí, existen dos realidades eternas: el cielo o el infierno. El cielo es el estado eterno de salvación. «Los que, perseverando en el bien, busquen gloria, honor e inmortalidad recibirán vida eterna» (Rm 2, 7). Para los que vivieron en comunión con Cristo les espera la gloria. «Lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón humano llegó, lo que Dios preparó para los que lo aman» (1 Co 2, 9).

El infierno es el estado eterno de condenación. «Más a los rebeldes, indóciles a la verdad y dóciles la injusticia les aguarda la ira y la cólera» (Rm 2, 8). Es el estado propio para los que llevan un estilo de vida contrario al Evangelio. ¿No sabéis que los injustos no heredarán el Reino de Dios? ¡No os engañéis! Ni impuros, ni idólatras, ni adúlteros, ni afeminados, ni homosexuales, ni ladrones, ni avaros, ni borrachos, ni ultrajadores, ni explotadores, heredarán el Reino de Dios» (1 Co 6, 9-10).

Conviene señalar que la voluntad de Dios para los hombres es la salvación pues Él «quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad» (1 Tm 2, 4).

Además de los dos estados eternos, san Pablo insinúa un estado que no es eterno sino de purificación en vista a alcanzar la santidad debida para el cielo. «Pues nadie puede poner otros cimientos que los ya puestos: Jesucristo. Sobre estos cimientos se puede construir con oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, paja, pero la obra de cada cual quedará patente; la pondrá al descubierto el Día, que vendrá acompañado de fuego. Y el fuego probará la calidad de la obra de cada cual. Aquél cuya obra, construida sobre los cimientos, resista, recibirá la recompensa. Más aquel cuya obra quede abrasada, sufrirá el castigo. Él, no obstante, quedará a salvo pero como quien escapa del fuego» (1 Co 3, 11-16).

10. ¿Cómo veía san Pablo su muerte?

Como la puerta de acceso para encontrarse con Cristo. Por eso, ve la muerte en sentido positivo. «... para mí la vida es Cristo, y el morir, una ganancia» (Flp 1, 21). «... mientras habitamos en el cuerpo, vivimos desterrados lejos del Señor, pues caminamos en fe y no en visión. Estamos, pues, llenos de buen ánimo y preferimos salir de este cuerpo para vivir con el Señor» (2 Co 5, 6-8). Al mismo tiempo, el apóstol de los gentiles manifiesta su deseo de seguir viviendo para continuar predicando el Evangelio. «Me siento apremiado por ambos extremos. Por un lado, desearía partir y estar con Cristo, lo cual, ciertamente, es con mucho lo mejor, mas por otro, quedarme en el cuerpo es más necesario para vosotros» (Flp 1, 23).

11. Aparte de la retribución personal tras la muerte ¿Qué acontecimientos finales viviremos?

La parusía que es llamada por san Pablo el «día del Señor». «Vosotros mismo sabéis perfectamente que el «día del Señor» ha de venir como un ladrón en la noche» (1 Ts 5, 2). Unida a la parusía está la resurrección universal y el juicio final. «El mismo Señor bajará del cielo con clamor, acompañado de una voz de arcángel y del sonido de la trompeta de Dios. Entonces, los que murieron siendo creyentes en Cristo resucitarán en primer lugar» (1 Ts 4, 16). Asimismo, la creación será liberada de la contaminación que ha sufrido por el pecado del hombre. «La creación, en efecto, fue sometida a la caducidad, no espontáneamente, sino por voluntad de aquel que la sometió; pero latía en ella la esperanza de verse liberada de la esclavitud de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera viene gimiendo hasta el presente y sufriendo dolores de parto» (Rm 8, 20-22).

Aprobado por el Señor Cardenal Arzobispo Primado
el 28 de octubre de 2008
Solemnidad del Señor de los Milagros